CAPITULO XII.

Otro dilatado viaje del P. Kino para la misma averiguacion, con muchas noticias de sus descubrimientos y varias observaciones.

El año siguiente de 1702, hizo el padre Kino el último esfuerzo para afianzar y eximir de toda duda esta union de las dos Provincias, ó del paso por tierra á California, emprendiendo nueva y mayor jornada en compañía del padre Manuel Gonzalez, misionero de Oposura, que animoso y lleno de celo se convidó á acompañarle, para autenticar este camino por tierra, y cooperar en cuanto pudiese al bien de tantas almas. Hicieron los dos padres las mejores prevenciones que pudieron, saliendo

bien apercibidos á 5 de Febrero de la Mision de los Dolores; y pasando por los Remedios, San Simon, el Bufanic, (en donde concurrieron los principales indios de aquellos contornos á encontrarles y saludarles), San Estanislao, Santa Eulalia, Santa Sabina, San Martin, San Rafael, llegaron á San Marcelo. De aquí por los mismos parajes y aguajes ya conocidos y expresados en otras jornadas, vinieron al rio Gila; y á 28 de Febrero á San Dionisio ó junta de aquel con el Colorado, siendo en todas partes bien recibidos y agasajados, y haciendo como siempre al concurso de la gente Pláticas de la Santa Fé con algunos bautismos de párvulos.

En primero de Marzo, habiendo espacio mirado la amenidad y fertilidad de las tierras inmediatas á la junta de los ya nombrados caudalosos rios, dieron con la ranchería de Santa Isabel; y dejando á la mano derecha San Félix y la Presentacion, rumbo entre Sur y Poniente, penetraron en otra numerosa de los Quiquimas, que intitularon de San Rudefindo. Concurrió muchísima gente á este paraje; y los dos misioneros agasajaron á todos, repartiéndoles el padre Gonzalez, sobremanera prendado de su afabilidad, mucha parte de su propio vestuario. Asegura el padre Kino, que reconoció hallarse esta poblacion en treinta y un grados y medio de altura. El dia 4, caminando rio abajo directamente al Sur; llegaron á otras rancherías que intitularon San Casimiro. El dia 5 bajaron á los esteros de la mar: concurrieron muchos indios, de quienes se informaron de los cerros, parajes, naciones y rios que habia hácia el Poniente. El dia 6 probaron pasar

el rio; pero por los atascaderos que causó una de sus grandes avenidas, no pudieron conseguirlo. El dia 7 vinieron al mismo desemboque; rumbo, como afirma el padre Kino, del Poniente. El dia 8 reconocieron á la otra banda del rio mucha gente: varios pasaron á esta banda, y rogaban muy mucho á los padres, que fuesen á consolarles. Mas hallaron no pequeñas dificultades en condescender á sus ruegos.

Porfiaron los naturales con mayor ternura, asegurándoles, para lograr lo que tanto deseaban, que por allí encontrarian otro rio que llamaban Amarillo, y que en ocho ó diez dias llegarian á la contracosta de California. Corroboraban esta súplica con ofrecerles cuanto tenian de su pobreza, y traían tanto pescado, que ya no sabian los padres qué hacer con él, ó en que emplearle. Tambien les presentaron nuevas conchas azules, y con todo lo que alcanzaba su cortedad les regalaba, para mostrarles la sinceridad de sus afectos. Determinaron á vista de esto los padres bajar de nuevo al desemboque; y comenzando á disponer una balsa, encontraron de nuevo tantos atascaderos, que no era posible pudieran pasar las caballerías, y hubieron de desistir de la empresa, consolando y esperanzando como pudieron á los indios, que en otra mejor ocasion procurarian complacerles. Durmieron tan cerca del desemboque, que la plena mar se les metió muy cerca de sus camas. El dia 11, refiere el padre Kino, que el sol les amaneció por encima del remate de la mar, sin ver mas que tierra continuada por el Sur, Poniente y Norte, y teniendo solo al Oriente la mar de California.

Comenzaron ya á emprender la vuelta de su viaje; y el padre Kino, no escarmentado aun de ser tan intransitable el arenal que llega al desemboque, volvió con su compañero ya muy enfermo por el camino de diez y ocho leguas, á probar si acaso por este atajo pudiesen mas brevemente restituirse á San Marcelo; pero fué tanta la escasez de agua y pastos, que le fué preciso volver otra vez al Rio Colorado, y por Santa Isabel, San Dionisio y por los demas lugares ya nombrados en todo lo demas del camino que siguieron en la entrada, llegaron á San Marcelo en 22 de Marzo. En este pueblo la enfermedad se le agravó tanto al padre Gonzalez, que en adelante fué necesario que los indios se lo cargasen recostado sobre sarmientos entretejidos. En el aguaje de Santa Sabina, el padre Kino le dió el Santo Viático; y aunque llegados á Tubutama hicieron para su curacion todo lo que permiten aquellas desprovistas tierras, dentro de pocos dias fué Dios Nuestro Señor servido, que la dolencia le consumiese, recibiendo, como esperamos, de Su Majestad la paga y premio correspondiente á su celo, méritos y gloriosas fatigas, que á gloria suya, y para llevar su Santo Nombre á tantas, tan bárbaras remotas naciones acababa de pasar.

Antes que muriese aquel celoso misionero, escribió en 2 de Abril el padre Kino al padre superior de las Misiones, dándole cierta noticia de su vuelta, para desvanecer la mal fundada que habia corrido, creyéndola no pocos, de que los dos padres se habian ahogado en el Rio Colorado. Le avisó que en este viaje, de mas de cuatrocientas leguas, habia

muy junto al desemboque contado mas de cuatro mil almas; que habiéndoles hablado de nuestra Santa Fé, le instaron les bautizase; que difiriéndolo para el tiempo en que fuesen mejor instruidos, ocho de ellos le acompañaron hasta los Dolores, para lograr tan grande beneficio; que á mas del Rio Colorado, desembocaba tambien en la mar de California otro llamado el Amarillo; que le habian noticiado los indios que despues de haberse incorporado el Gila con el Colorado, se partia en dos brazos muy grandes que formaban una isla no menos espaciosa, que fértil y amena. Hasta aquí el padre Kino en su carta al padre superior de las Misiones. Mas es preciso en este viaje echar menos la noticia mas cabal y exacta de si el Rio Azul, que todos dicen que corre por aquellas tierras, se incorpora con el Gila, ó si en derechura desemboca en el Colorado. Tambien es de creer que el otro rio, que le afirmaron llamarse el Amarillo, debe juntarse con el Colorado, ántes que este desemboque en el estrecho de California; porque es cosa muy sabida que por parte de tierra firme ningun rio, despues del Yaqui, que sea de algun caudal, llega á desembocar en aquella mar, si no el Rio Colorado. Por parte de la California es igualmente cierto, que desde el Cabo de San Lúcas hasta el desemboque de ese caudaloso rio, no hay otro alguno; con que se debe concluir, que si por lo que aseguran los naturales hay Rio Amarillo, este debe incorporarse ántes del desemboque del Colorado.

No es menos difícil de entender, que éste tenga su desemboque en los treinta y un grados de altura;

porque si segun el viaje pasado del padre Kino en compañía del padre Salvatierra, se hallaron en altura de treinta y dos grados entre aquellos arenales, y les faltaban todavía como treinta leguas, para acabarles de pasar para llegar al desemboque que buscaban, es difícil de percibir, que despues mas adelante se hallase en menos grados. Impugna esta misma asercion con mas vigor la averiguacion y viaje últimamente hecho, como en adelante se dirá, en que halló el desemboque del Rio Colorado en treinta y tres grados. Pero lo que hace mayor dificultad, para hacer bien entendido, es lo que el padre Kino afirma, de que bajando al desemboque, seguia el rumbo de Poniente, cuando en otra parte dijo que desde el cerro mas alto descubrió y notó, que despues de la junta caminaba el Rio Colorado como diez leguas al Poniente, y despues por otras veinte hasta el desemboque hácia el Sur. Ni es menos escabroso el entender, como en el mismo desemboque tuviese el padre como treinta leguas de mar hácia el Oriente; porque desembocado el Rio Colorado hácia el Sur, y esto en el mismo remate de la mar de California, no se puede penetrar, como por el rumbo del Oriente pudiese tener tanta mar, cuando es constante que toda la mar de California, desde su mayor altura hasta el Cabo de San Lúcas, mas tira al Sur que al Oriente, inclinándose al Sureste entre Norte y Sur. Fuera de esto, el padre Kino no halló en el desemboque aquellas islas, que en el último viaje, que despues se referirá, se encontraron. Sino es que digamos, que el rio, en el trascurso de casi cuarenta y cinco años, las haya formado

de nuevo; lo que no fuera de maravillar, atendiendo á la variedad de las avenidas que los rios muy caudalosos suelen tener. Pero es preciso confesar, que como arriba se dijo, estas dificultades á los distantes parecen invencibles; y los que se hallan cerca las reconocen de ningun peso. Sin duda el padre Kino, si se las hubieran propuesto, las hubiera desatado con toda claridad. Con todo, estos puntos, para que se entiendan mas claramente, necesitan de mas individual y exacta inspeccion.

Lo que en estas relaciones se puede ordinariamente, es proponerles abreviados y como compendiados. Es el caso, que cuando los que hacen la jornada llegan al remate de su viaje están cansados, acompañados de enfermos, consumidos los víveres y recelosos de la vuelta, cuyo dilatado camino les tiene muy inquietos; con esto, ya por fuerza, ya por propia inclinacion, no se detienen mucho; no hacen las averiguaciones é inspecciones con el reposo necesario, y quedan de ordinario los puntos mas principales diminutos, y sin desatar las dificultades que se ofrecen á los ausentes. Por esto el padre Juan María Salvatietra cuerdamente aconsejaba al P. Kino en la carta, que sobre esta entrada se escribió, que procurase bien acompañado proveerse con abundancia de lo necesario, aunque fuese preciso que para la plena inspeccion y exacta averiguacion, se detuviese un mes entero en todos los contornos del Rio Colorado, para hacerlo de manera que no se hallase forzado á la vuelta, cuando el reconocimiento de las tierras, rios y mar aun no estuviese perfectamente acabado. Esto mismo respectivamente debieran

practicar los que por mar emprenden la misma demanda; porque así quizá pudieran satisfacer al argumento, que á los mas de los antiguos y á no pocos de los modernos, ha movido á persuadirse que la California era isla, y que su mar continúa mas arriba del desemboque del Rio Colorado, y que tiene comunicacion con otros superiores.

Este argumento consiste en las corrientes tan contínuas que se experimentan entre el Norte y Poniente hácia la parte que cae entre Sur y Oriente; porque si el estrecho estuviera, decian, cerrado y rematado en el desemboque del rio, no hubiera razon para que las corrientes sean muy contínuas por ese rumbo, mas ántes parece que en este caso debia todo el estrecho ó brazo quedar agitado y conmovido á manera de flujo y reflujo por las avenidas del mar, que corriendo primero hasta el desemboque, y hallando resistencia para pasar adelante, debia retroceder, causando diferencia y alteracion en las corrientes, y concediéndose abertura y continuacion de aquel brazo de mar, esta razon fácilmente se alcanza; pues entónces se dirá que en el estrecho de California, respecto á sus mares superiores, sucede lo mismo que en el estrecho de Gibraltar acontece; porque el mar Océano continuamente se desagua en el Mediterráneo, sin que se sepa que jamás mude sus corrientes. No obstante esta oposicion, pudiera acaso decirse que angostándose mucho el estrecho de California hácia su remate, pues aun en la playa de Caborca se reconoce de no grande anchura, no es mucho de extrañar que entrando en el mismo remate el caudal cuantioso del Rio Colorado, que en

su desemboque tiene de ancho casi una legua, este golpe de agua continuadamente añadido á las del mar de poco ensanche, cause entre aquellas costas no muy distantes entre sí, las continuadas corrientes que se han experimentado entre las islas de *Sal si puedes*, que atraviesan el golfo de California, poco mas abajo de las playas de Caborca. De hecho, cuando se ensancha mas aquella mar entre el Yaqui y Real de Loreto, aunque se reconozcan algunas corrientes, con todo esto no son tan violentas como se experimentan en el mismo golfo, cuando mas se estrecha y acerca al desemboque del Rio Colorado.

CAPITULO XIII.

Utilidades del último viaje del P. Kino con las pruebas mas sensibles de su apostólico celo.

Dejando las averiguaciones en punto tan importante á las diligencias de los mas inteligentes, y las reflexiones que se pudieran hacer sobre lo ya averiguados al maduro cuerdo juicio de los críticos, volvamos al padre Eusebio Francisco Kino, para ver los efectos favorables que causó su último descubrimiento. Las naciones gentiles que este grande apostólico jesuita halló en el desemboque, quedaron muy aficionados á nuestra Santa Fé, por lo que de su boca oyeron de sus Misterios: los Quiquimas principalmente, y los Yumas despacharon varios mensajeros á San Marcelo, y tomaron á aquel gobernador por su medianero, para que les alcanzase los padres necesarios para su tan deseada instruccion

pasó prontamente con estos enviados á Nuestra Señora de los Dolores á proponer la santa peticion de aquellas naciones: nuestro celoso prudente misionero, aunque deseaba mas que todos lo que se le pedia, les remitió al padre superior de las misiones de Sonora, á quien mas inmediatamente pertenecia este negocio: para que á los mas de ellos, que ya habian caminado mas de cien leguas; se les hiciese mas llevadero el trabajo de este nuevo viaje, les acompañó él mismo y les condujo á Guepaca, en el valle de aquella Provincia, donde se hallaba el padre Antonio Leal, superior de las Misiones: recibióles con todo amor: les prometió apoyar sus justas demandas con los superiores de México, para que les concediesen lo que pedian y de que tanto necesitaban. En este mismo tramo de su tan largo y penoso viaje, enfermó uno de los mensajeros: le catequizó y bautizó el padre Kino, y su muerte, que poco despues se siguió, no solo no contristó á sus compañeros, ántes quedaron tan gozosos, que le tuvieron envidia por la singular dicha que habia logrado, por haber muerto ya cristiano.

A mas de esta diligencia que el P. Eusebio Francisco habia hecho para promover el bien de estos indios tan distantes, visitó de nuevo á los Pimas del Soba, que son los que caen al Poniente por el rumbo de Tubutama y Caborca: despues pasó á San Javier del Bac; llegó á las dilatadas rancherías de los Sobaypuris; y ya comenzando, ya prosiguiendo las fábricas de las iglesias de Santa Gertrudis del Sayre, de San Ambrosio del Bufanic y de la Concepcion de Caborca, procuró por todas partes mantener la

buena inclinacion de los indios á nuestra Santa Fé: alargó este su nuevo viaje á San Marcelo, y desde allí despachó bastante trigo á los Quiquimas y Yumas, para que en las féstiles vegas junto á los rios le sembrasen. En estas poblaciones acaloró el deseo de los indios de tener padres que les enseñasen: todo esto, con lo sucedido en la última jornada, movió á varios sujetos á persuadirse que era preciso que el padre Kino emprendiese otra nueva á México, para que con informes hechos á boca al señor Virey y al padre provincial, consiguiese los operarios necesarios para tan abundante copiosa mies. Mas la consideracion de hallarse en guerra Europa, suspendidas las flotas y detenidas las Misiones, hizo juzgar que este viaje no podria producir el deseado efecto, y que quizá la ausencia del padre ocasionaria mayores daños y atrasos. Suspendióse esta jornada, y por otras razones igualmente fuertes, la empresa que meditaba este incansable misionero, de un nuevo viaje por el Rio Colorado hasta penetrar á la Mision de Loreto de California.

Muchas dificultades habia ya vencido el padre Kino para comenzar, establecer y adelantar las conversiones de los Pimas y de otros pueblos: mas este año, 1703, á que llega ya la pluma, probó el Señor con los mas sensibles golpes su virtud, para mas acrisolar su fortaleza: por este tiempo ningun viaje hizo: y sin que se buscase trabajos y afanes, en su misma quietud les tuvo muy sensibles su fogosa actividad: vió faltar á los Pimas, así á los del Poniente como á los del Norte, los operarios que tenian, por haber muerto unos, otros enfermado y sacado

á otros. Añadiósele aun mayor aflixion; porque habiendo ya destinado á otros cuatro, se los quitaron tan presto, que ni les dejaron llegar á la Pimeria, por los falsos informes y maliciosos rumores que se exparcieron, de que los Pimas habian muerto al P. Francisco Javier Mora, misionero de Arispe, y de que los del Poniente trataban de alzarse y unirse con los bárbaros Serys y Tepocas, para hacer invasiones en la Sonora, añadiendo aun, que en esas nuevas conversiones se perdia el tiempo y nada se adelantaba por la constitucion tan mala de esta Provincia, que solo con referirla amedrentaban á los mismos que impelidos de su celo, habian solicitado ser destinados para trabajar en la conversion de aquellos pobres desvalidos indios. Al mismo tiempo se formó dentro de la misma Provincia nueva turbacion contra los Pimas, contra los padres que les cuidaban, y mas particularmente contra el padre Kino; porque las muertes y hostilidades que nuevamente cometian los bárbaros infieles, las atribuían á los naturales: la voz comun publicaba que estos eran los agresores y culpados.

El motivo de tan mentirosa calumnia era, como á fondo lo reconoció el padre Eusebio, ociosidad y codicia; porque á los que exparcian estos maliciosos rumores, les tenia mucha cuenta el afianzar esta calumnia, para no ser precisados á salir á campaña contra los bárbaros, en donde habian de pelear y mostrar su valor con ningun fruto ni despojo; habian de correr riesgo en los combates; habian de afanar en alcanzar al enemigo; habian de desvelarse para vencer á contrarios tan valientes que sabian

resistir; muy de otra suerte les sucedia, si salian á campaña contra los Pimas, que fingian sus enemigos; porque encontraban tierras pobladas y conocidas; no hallaban resistencia; conseguian despojos y se levantaban sin riesgo alguno con el glorioso renombre de pacificadores, de nuevos conquistadores, de hombres alentados y valerosos. A mas de esto, un poco cuerdo teniente de aquellos países se encaprichó de señalarse por hombre de distincion; así sucede no pocas veces en aquellas remotas Provincias: á muchos, no teniendo habilidad alguna con que mejorar de fortuna, y mantenerse al mirarse revestidos de un título y vara de justicia, se les entra todo el orgullo y se persuaden tener todo el poder Real para obrar cuanto les dicta su antojo, vanidad y codicia. A ese modo, aquel cabo militar forjó en cuatro pliegos un informe de acusaciones tan denigrativas contra los padres, que fué preciso acudiese el alcalde mayor de la Provincia: hizo las mas exactas averiguaciones, y descubrió la falsedad de tan enormes imposturas, y del juramento con que iban selladas: le despojó de su empleo, y le castigó con rigurosa cárcel.

Al mismo tiempo, no sé con qué autoridad ni con qué justicia, ó con qué pretexto entraron soldados á la Pimeria, así del Poniente como del Norte: recogieron á manera de saqueo el ganado, que para mayor comodidad y alivio de los padres y de los indios, en varias estancias habia depositado el padre Kino: vejaban, á mas de esto, á los indios de las Misiones con muchas molestias y sinrazones: estorbaban á que acudiesen las naciones mas remotas á

la Mision de los Dolores, para consolarse con el padre; y llegó á tanto extremo su inhumanidad, que á una india principal la obligaron á huir y morir en el monte sin bautismo, y á otro indio forastero muy distinguido entre los suyos, por haber hablado bien de estas Misiones, le mataron alevosamente. Esta tropelía de contratiempos, que herian en lo mas vivo al padre Kino, no solo porque desacreditaban y desmentian sus informes hechos á las cabezas principales del Reino, sino porque escandalizaban á sus tiernos neófitos, viendo que cometian tan enormes injusticias los que debian mas patrocinarles, que despojaban de sus bienes á los inocentes que estorbaban las diligencias de atraer á tantas naciones á nuestra Santa Fé, y que impedian la llegada de los ministros necesarios para la enseñanza de los ya convertidos, bien necesitaba de toda la constancia de su virtud, para no desmayar entre tantas congojas tan sensibles, tan sin remedio, y que bastaran, para oprimirle, á no tener un esforzado apostólico corazon. Dióse por desentendido á tantas injurias; asistió y perseveró en el cuidado de sus hijos; adelantó la fábrica de los templos; procuró con informes voluntarios, que personas de calidad y bien intencionadas le suministraron, desvanecer las calumnias con que habian procurado desacreditar sus acciones, y aun su porte tan fervoroso y religioso, dejando lo demas á la Providencia de Dios, que todo lo ordena á la mayor gloria, y de los fines mas torcidos sabe sacar aumentos ventajosos aun á favor de los que son mas injustamente perseguidos.

Al principio del año 1704, acabadas las dos iglesias de los pueblos de los Remedios y Cocospera, que en su pulidez y buen primor de arquitectura igualaban á las mejores de toda la Provincia, las dedicó con solemnidad y no menor regocijo de sus hijos, que de todas partes, así del Poniente como del Norte, concurrieron á la fiesta, como ántes con prontitud habian cooperado, viniendo muchos de San Javier del Bac á su construccion. Por este tiempo repitieron sus excursiones los bárbaros: reconvenido el padre, para que con sus Pimas ayudase á reprimir el orgullo de los infieles, á la menor insinuacion que hizo á los capitanes, fué el número de gente que le habian pedido al Presidio de Fronteras; pero por discordias que se ofrecieron entre españoles, nada se ejecutó en defensa de la Provincia: solo se evidenció la fidelidad de los Pimas y la prontitud de su obediencia, no obstante que pudieran mostrarse irritados y justamente sentidos de la mala correspondencia que experimentaron: esto igualmente autenticó la solidez de la virtud del padre Kino, que sabia pagar con beneficios las malas obras con que desacreditaban su conducta. Por Febrero de este año, para que se viese que ya comenzaba Dios á poner su poderosa mano para lenitivo de tantas penas, condujo el padre Kino al pueblo de Tubutama un nuevo misionero: que no obstante el miedo con que quisieron estorbarle su entrada en la Pimeria, resolvió dedicarse á la enseñanza é instruccion, obligándose el padre Eusebio á fabricarle á su costa la iglesia, para que su falta y la dificultad en construirla, no dilatase su permanencia.